

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 175

25 cts

24 JUNIO
1928



- ESTE PAJARO CUENTA LO MENOS CIENTO DIEZ AÑOS.
- PUES ES UN PAJARO DE CUENTA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—¡Animo, camaradas! —añadió el capitán, volviéndose hacia sus compañeros, sin dejar la antipática sonrisa que siempre estaba en sus labios— Vamos

a ver cómo se porta José Duda ante la justicia de Su Majestad.

Los oficiales se levantaron, moviendo un gran estrépito. Todos se vieron obligados a recurrir a hábiles esfuerzos para conservar el equilibrio; pero, al cabo, todos se cñeron el sable, se abotonaron las guerreras y se dispusieron a salir.

El Pope echó a andar en su seguimiento, orándole a Dios secretamente.

La comitiva, al incierto resplandor de la ahumada lámpara de aceite, recorrió numerosos corredores, subiendo algunas escaleras húmedas y cenagosas, haciendo resonar, bajo la siniestra bóveda, juramentos obscenos, y penetró, esta es la verdadera palabra, en el antro en donde custodiaban al preso. El carcelero, plantándose en medio, iluminó la triste escena. José Duda, de pie, en actitud tranquila, si bien triste, aguardaba a sus siniestros visitantes. Sus pupilas lanzaron rayos al ver a Godunov, al oficial cortésano y polizón a un mismo tiempo, célebre por su bárbara crueldad; pero se tranquilizó al ver al sacerdote Jaskoff.

—¿No nos esperabas a esta hora, bergante? —le dijo Godunov al preso, clavando en su rostro sus ojos malévolos.

—Siempre me hallo preparado para el infortunio —repuso tranquilamente José Duda, sosteniendo con firmeza la mirada del capitán.

José Duda era joven y vigoroso, y en sus facciones se leían la exaltación íntima, la nobleza y la constancia del propósito.

—¡Entonces, escucha!

Los oficiales se habían colocado frente a la puerta. En el corredor brillaban las bayonetas de una compañía de soldados, y el carcelero y el Pope ocupaban los ángulos del calabozo a ambos lados del preso, ante el cual se hallaba Godunov con un papel en la mano. Un soldado proyectaba sobre la hoja escrita la luz de una linterna.

—¡En nombre del Czar Nicolás II, por la voluntad de Dios Emperador de todas las Rusias, el reo José Duda, convicto y confeso de homicidio en la persona de dos agentes para la seguridad del Estado, llamados los hermanos Miller, ha sido condenado a ser fusilado por la espalda media hora después de haber sido leída la sentencia.

José Duda había permanecido impassible.

—¿No has oído, saltador de caminos? —gritó Godunov provocando al preso con la insolencia del gesto y de la voz.

El Pope comprendió en el acto lo que se proponía el oficial cosaco. No había duda de que Godunov y sus cómplices querían irritar a José Duda, cuya indomable arrogancia era notoria, para que éste, al ser provocado, lanzase alguna frase ofensiva que les diese algún pretexto justificado para llevar a cabo uno de esos terribles linchamientos autorizados en las prisiones rusas y que suscitan la execración de los espíritus civilizados.

El Pope se había figurado la funesta intención de los oficiales, y convencido, sin embargo, de que todos sus esfuerzos para impedir el bárbaro designio resultarían inúti-

les, quiso hacer una tentativa para poner en guardia al reo, y, acercándose rápidamente, le susurró al oído:

—Ten prudencia; te provocan deliberadamente —y luego, volviéndose al capitán, le dijo en voz alta:

—Capitán, si la sentencia ha de ejecutarse dentro de media hora, no me queda tiempo que perder para poder cumplir mi ministerio.

—¿Has oído? —repitió Godunov con más áspera voz.— Has sido condenado a ser fusilado por la espalda como los traidores, tus iguales.

Un vivo estremecimiento sacudió el cuerpo de José Duda. El Pope asió una de sus manos y apretóse la con fuerza.

—¡Calla! ¡No ves que buscan un pretexto!

—¡No soy ningún traidor! —repuso con dignidad José Duda, pálido como un cadáver, dominando con un esfuerzo enérgico el impulso de abofetear al miserable.

Los oficiales acogieron las palabras del reo con una mueca de odio y de desprecio.

—¿Y qué eres tú? —dijo un joven cosaco tambaleándose y haciendo inauditos esfuerzos para que no se le cayera de la boca un cigarro medio apagado.

—Eres peor que un traidor —confirmo Godunov.

—¡Valor, hermano —murmuraba el Pope al oído del infeliz—, no les dé por respuesta más que el silencio! —y volviéndose al capitán le dijo:

—¿Cuándo me dejaréis solo con el... moribundo?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! —dijo Godunov lanzando una ruidosa carcajada.— ¡El Pope se quiere quedar solo con el moribundo!... ¡Spicciate, haz lo que tienes que hacer o vetel!...

Jaskoff comprendió que no obtendría nada de aquella fiera y resolvió aprovechar lo mejor que le fuese posible. la licencia que le estaba concedida para no alejarse mucho.

—¡Valor! —repitió al amigo—. Los hermanos te envían su salutación de gratitud.

—¡Gracias! —repuso José Duda más con la mirada que con la voz. Luego, inclinándose hacia el oído de Jaskoff, susurró:

—¡Mi madre, Jaskoff, consuela a mi madre!

—¡Lo haré, pero aleja de tu espíritu todo lo que pueda quebrantar tu ánimo!

—¡Oye! —gritó Godunov, acercando su faz biliosa a la del reo.— ¿Quieres o no quieres seguir lo conversación conmigo? ¡Y tú, sacerdote, no nos estorbes! Amigos —continuó Godunov volviéndose hacia sus compañeros—, ¿qué le decíais a ese bribón cuando nos ha interrumpido el Pope?

—¡Que es peor que un traidor! —repuso Krawtchenko.

—¡Ah, es cierto! ¿No has oído otra vez? ¡Que eres peor que un traidor!

José Duda no desplegó los labios. Sin embargo, el temblor casi imperceptible de las mandíbulas revelaba su conmoción interior. Los ojos de los dos hombres al mirarse se desnudaban recíprocamente las almas. José Duda leyó en los ojos del capitán una ola de odio implacable. Otra vez sintió la tentación de abofetearle. El Pope le sujetó fuertemente la mano, cuchicheándole al oído:

—¡No te olvides de lo que te he dicho!

José Duda retrocedió lentamente.

—¿Por qué no mandas que me fusilen en seguida? —interrogó con voz trémula y mirando a su alrededor, No ha pasado media hora, sino un siglo desde la lectura de la sentencia. Entre vosotros, debe haber todavía almas que no estén del todo pervertidas. ¡A ellas me dirijo! ¡Haced que me maten!...

—¡Ya es hora! —repuso Godunov.— ¡Respóndeme primero!

—¡Jaskoff —dijo el reo presintiendo que iba a acontecer algo terrible—, consuela a mi madre!...

Jaskoff le contestó con un apretón de manos.

—...y... a Vera —volvió a murmurar José Duda, mientras Godunov le miraba sonriendo.

—¿Vera Nicolajewna?

—Sí —respondió el preso con un movimiento de cabeza.

—Está seguro de que también lo haré —susurró el Pope.

—¡Respóndeme, maldito! —aulló Godunov exasperado por la indiferencia con la cual el preso hablaba con el Pope sin atender a sus palabras.— Te he dicho que eres peor que un traidor porque mataste a traición a los dos Miller. ¡Eres... un... miserable!

José Duda pareció impulsado por el ímpetu de un resorte poderoso, y, levantando la mano en el aire, la dejó caer cual si quisiera abofetear a su provocador.

Pere éste, que debió prever el movimiento, y evitando el golpe prorrumpió en una carcajada sarcástica.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Quieres abofetear, ya que no puedes asesinarlos, a los oficiales del Czar? ¡A él, carcelero —gritó—, agarrótame a ese asesino!

El carcelero, acompañado de dos fornidos y vigorosos ayudantes, se arrojó sobre José Duda y, en pocos minutos, staron fuertemente al desventurado con una gruesa cuerda, de modo que no pudiera mover los brazos ni las piernas. José Duda yacía en el suelo pálido como un cadáver, con los trémulos labios cubiertos de espuma, desafiando todavía con la intrépida mirada la insolente y perversa del capitán Godunov.

—¡Ahora —le dijo— puedo ser insultado por un miserable como tú!

Los oficiales hicieron ademán de arrojarle encima.

—¡Alto —gritó—, dejádmelo a mí!

Luego, acercándose a José Duda, le clavó los ojos en el rostro como para saborear los sacudimientos coléricos de su impotencia; encendió un cigarro, le dió dos o tres chupadas voluptuosamente, y, cuando tuvo la boca llena de saliva, escupió al rostro del preso.

Aquello fué la señal.

Los oficiales encendieron sus cigarros, y rodeando el cuerpo de José Duda lo llenaron de sus inmundos salivazos.

El Pope presenciaba trémulo de ira aquella abominable escena. Sabía demasiado que aquello no era más que el principio y que otros ultrajes esperaban al desventurado Duda. No obstante, aunque fluctuando el terror y la piedad, fué esta última la que venció en su ánimo, no teniendo valor para abandonar a la víctima.

Esta, inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados, sufría en silencio la interminable lluvia, acompañada de las más atroces injurias. Cuando los verdugos se cansaron de fumar, le dieron al carcelero la orden de desatar las ligaduras del reo.

—¡Estás demasiado puerco! —exclamó el capitán Godunov.— Mandaremos que te quiten la ropa sucia, ¿no es verdad, amigos míos? —añadió, volviéndose hacia sus compañeros y ordenando que desataran las ligaduras del infeliz preso y le desnudaran después.

José Duda, víctima de una agitación nerviosa, parecida a una convulsión, tenía los ojos cerrados, trémulos los miembros, no se sabía si de frío o de furor. Jaskoff se acercó a él.

—¡Valor, hermano!

El mártir pareció no oírle. Sus ojos, secos y brillantes, estaban fijos en un punto indeterminado del espacio.

Parecía estar absorto en un pensamiento único, que revelaban estas palabras, que repetía automáticamente de cuando en cuando:

—¡Matadme!...

—Tiene razón —dijo Godunov riéndose a carcajadas—, ha pasado ya la media hora, y, por lo tanto, tiene el derecho de ser expedido al otro mundo.

—¡Se me ocurre una idea!

—Oigamos la idea del capitán —gritaron los oficiales beodos, excitados por las libaciones precedentes, por el humo, por sus propias voces y enfurecida la sangre por el brutal espectáculo.

—La expedición ha de estar hecha con todas las de la ley ¡Novikoff! ¡Viyol! ¡Un vaso de lacre!

La orden dada por el capitán al carcelero fué acogida por un hurra general.

—¡Bien, bien! ¡Magnífica idea! ¡Expidámoslo al otro mundo con lacre!

—Amigos, ¿quién de vosotros tiene un alfiler?

—¿De oro?

—¡De cualquier cosa! ¡Yo no hilo tan delgado!

El Pope se acercó a José Duda.

—¡Animo, la cosa no durará mucho!... Estos infames terminarán pronto.

—¡Matadme!... —imploró el mártir.

Jaskoff elevó los ojos al cielo en actitud de desaliento supremo.

—Quitáte de en medio —dijo Godunov, apartando brutalmente al Pope—. ¿No lo has preparado ya bastante para el infierno? ¡Bravo, Novikoff! ¡Pon aquí el lacre y dale dos buenas vueltas de cuerda a ese bergante! No tendrá tanto frío debajo de tu pelliza ¡Ahora me toca a mí! Y cogiendo una mano del infortunado hizo que uno de sus camaradas mantuviera los dedos extendidos, introduciendo luego un agudo alfiler entre las uñas del dedo del corazón.

José Duda sintióse acometido de un violento espasmo; contrajo las mandíbulas, pero no lanzó ningún gemido.

Los oficiales, ebrios de crueldad, subyugados por la perversa fascinación de Godunov, porfiraron a cual más en martirizar al reo, hundiendo un alfiler en todos los dedos de José Duda. Luego, cuando hubieron extraído los instrumentos de tortura y de los dedos destiló la sangre, Godunov cogió una cuchara de madera y vertió el lacre hirviendo sobre las heridas.

Una palidez mortal difundióse por el rostro del reo y gruesas gotas de sudor resbalaron por su frente. Jaskoff quiso socorrerle; mas faltáronle las fuerzas y José Duda cayó al suelo víctima de un desvanecimiento.

—¡Ah, eso no —gritó Godunov con voz tonante—; eso no estaba en el programa! ¡Anda, Frankel, tráete corriendo una botella de champagne! ¡Le haremos beber a nuestra salud!

—¡Hurra! —gritaron aquellos verdugos.

Uno de ellos salió, volviendo a poco con cuatro botellas de champagne. Saltaron los tapones por el aire, y cada estampido fué saludado con frenéticos hurras. Llenáronse las copas.

—¡Animo, José Duda! ¡Animo, asesino de los Miller! ¡Brinda con nosotros!

Y Godunov vertió sobre el rostro del desmayado una copa de champagne. Otro oficial se lo vertió entre los labios, abriendo el desdichado los ojos para volverlos a cerrar lleno de horror.

—¡Así me gusta! ¡Aún no es hora de que te vayas al infierno!

—Pero si tiene prisa de irse hay que darle gusto.

—O cuando menos que tenga una idea...

—¿De qué?

—Del infierno.

—Mirad cómo se hace.

Godunov sacó de uno de sus bolsillos un cuchillo de monte, acercándose luego a José Duda.

Jaskoff cerró los ojos horrorizado. Al volver a abrirlos vió que manaban ríos de sangre del cuerpo de su desventurado compañero. La piel estaba desgarrada a túrdigas; los tejidos subyacentes y los músculos estaban al descubierto.

(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡SE CREERÁ MI HERMANA QUE IBA YO A ESTAR ENCERRADO EN CASA CON MI TRAJE NUEVO!

¡HOY NO JUEGUES CON TUS AMIGOS, QUE TIENES EL TRAJE NUEVO Y LO PUEDES ESTROPEAR! ¡A VER SI TE PORTAS COMO UN CABALLERO!

¡PUES VO NO HE VISTO QUE PARA SER CABALLERO SE VISTA UNO DE MÁS CARAI!

¡ANDA COLORÍN, VEN A PATINAR CON NOSOTROS!

¡ESO NO ES POSIBLE; SU HERMANA QUIERE QUE SEA UN CABALLERO!

¡MIRA COLORÍN, QUE DESCAÑADAMENTE SE PATINA ASÍ!

¡ES ESTUPENDO! ¡OYE, ESPÉRAME!

¡PÁRATE! ¡PÁRATE! ¡QUE DE AQUÍ SI QUE VOY YO A SALIR DESCONOCIDO!

¡PUES SI QUE ME VOY A DIVERTIR CON EL TRAJECITO NUEVO! ¡QUIERA DIOS QUE SE ENVEJEZCA PRONTO!

¡AHORA VOY A POR MIS PATINES, A VER SI OS ATREVEIS A LLAMARME "CABALLERO"!

¡ADIOS, CABALLERO!

¡DEJAME EL PERRO PARA DAR UNOS PASEITOS POR AQUÍ!

¡NO LE SUELTES QUE ES DE MITIO Y SI SE PIERDE ME DES-COSTILLA!

¿CÓMO TE HAS PUESTO ASÍ DE BREA, COLORÍN?

¿POR NO SOLTAR AL PERRO!

¡HOLA, COLORÍN; VETE A PORTUS PATINES, QUE NOS ESTAMOS DIVIRTIENDO MUCHO!

¡NO PUEDO JUGAR CON VOSOTROS, ME LO HA PROHIBIDO MI HERMANA, PUES QUIERE QUE SEA UN CABALLERO!

¡ME PONDRÉ LOS PATINES PARA PODERLOS ALCANZAR Y ENTONCES SABRAN SI YO SOY CABALLERO!

¡QUE SATISFACCIÓN SE EXPERIMENTA GUSTANDO UN PLACER DESCONOCIDO!

¿CON QUÉ CARAME PRESENTO YO EN CASA? ¡PUES SI QUE VOY HECHO UN CABALLERO!

BRANNER

Reg. U. S. Pat. Off. Copyright 1921, by The Children's Tribune



UNA AVENTURA EN EL GANGES

CUENTO POR

E. SALGARI

(Continuación.)

De improvisto, una masa amarillenta cayó sobre la borda que el marinero acababa de abandonar. Un rugido ronco, espantoso, resonó desde el puente, rompiendo bruscamente el silencio que reinaba en el barco.

El animal, que se había encaramado al puente, era un soberbio tigre real, uno de los más corpulentos de su especie.

Al principio, la fiera pareció sorprendida de encontrarse en aquel lugar y de no sentir bajo sus garras al hombre a quien había estado espionando; luego volvióse rápidamente y en dos saltos atravesó el puente. Había visto salir al grumete de la cámara común y se dirigía hacia él con ímpetu irresistible.

El marinero se había escondido tras la bitácora de popa; pero al ver que el tigre se lanzaba sobre el pobre grumete, tuvo uno de esos arranques generosos que surgen de pronto ante los peligros más graves.

Empuñar el hacha y caer sobre la fiera en el momento en que ésta iba a derribar y destrozar al muchacho, fué obra de un instante.

El tigre, al sentir los furiosos golpes del hacha de aquel atrevido, sintió perder su habitual ferocidad, y en lugar de revolversse, de un salto enorme prendióse a las cuerdas, encaramándose por último a la cofa del palo.

A los gritos de terror del grumete habían salido el capitán y algunos marineros. Varios de ellos iban armados de hachas, y otros de revólveres.

—¡Cuidado! —gritó el marinero.— ¡Hay un tigre a bordo!

La fiera se había encogido sobre la cofa del palo mayor, lanzando espantosos rugidos. Se daba cuenta de que estaba cogida, pero no se atrevía a abandonar su refugio.

Los marineros y el mismo capitán, al primer impulso, corrieron a esconderse a proa y a popa, creyendo que el animal iba a lanzarse sobre cubierta.

Cuando vieron que no se movía, comenzaron a recuperar la serenidad.

—¡Vamos a fusilarla! —dijo el capitán.

Algunos marineros bajaron al cuadro de popa para volver armados de fusiles.

El tigre, como si conociera que iban a fusilarlo, de un potente salto lanzóse al puente, tratando de ganar la borda para arrojar al río.

Quiso el azar o la fatalidad que en su camino tropezase con el marinero que había salvado al grumete.

El pobre hombre fué derribado, y luego arrebatado por la fiera, antes de que sus compañeros, sorprendidos por aquel inesperado asalto, tuvieran tiempo de disparar sus armas.

El tigre, con su presa en la boca, no tardó en reaparecer a flote. Nadaba vigorosamente, tratando a la vez de mantenerse escondido entre las plantas del río.

El marinero no estaba muerto, acaso ni siquiera estaba herido gravemente, pues se le veía debatirse con desesperación, para mantener la cabeza fuera del agua y no ahogarse.

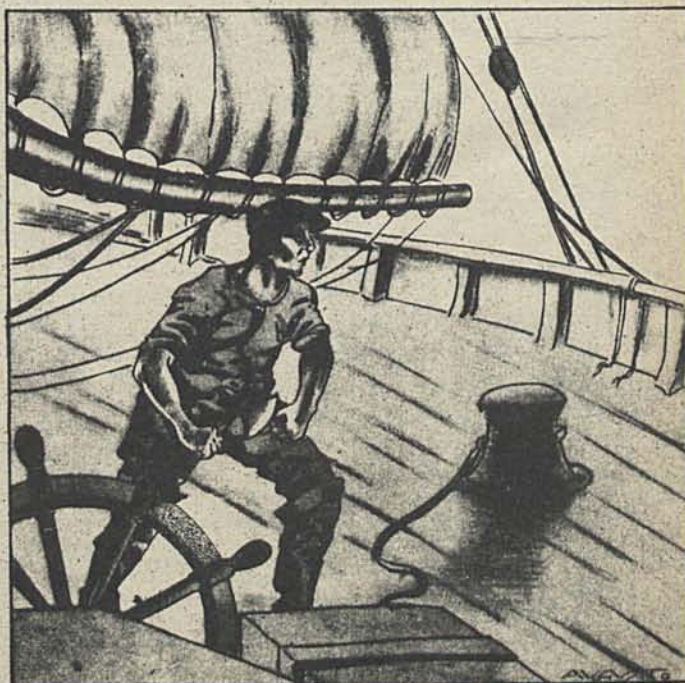
—¡James! —gritó el capitán, lanzándose hacia la borda con el fusil en la mano.

—¡Disparad, por Dios! —contestó el pobre marinero con voz ahogada.— ¡Disparad!

—¡Botad una lancha! —ordenó el capitán.

Y se encaramó luego a la borda para ver mejor al tigre.

Este se encontraba entonces a unos sesenta pasos





tan sólo. Había llegado a un banco de arena, y se dirigía apresuradamente hacia la chungla, arrastrando al marinero, que seguía gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego!

El capitán vacilaba. Aunque convencido de ser un excelente tirador, temía no tener firme el pulso y matar al marinero en lugar de la fiera.

No obstante, preparó el arma, apuntó con cuidado y disparó. Al estampido sucedió un rugido feroz.

El tigre, alcanzado sin duda por el proyectil, dió un salto prodigioso y desapareció a través de los macizos de bambúes.

A lo lejos oyóse aún la voz del marinero, ya muy débil, que imploraba:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Botada la lancha, y preparados sus tripulantes a maniobrar los remos,

—Wilson —dijo el capitán, volviéndose al primer oficial—, ¿queréis acompañarme?

—Ciertamente, capitán.

—Vamos a buscar a ese infeliz, o por lo menos a vengarlo.

Bajaron a la lancha, llevando sus carabinas y bastantes municiones, y los cuatro marineros se pusieron a remar vigorosamente.

La travesía de aquel brazo de agua fué cosa de pocos minutos.

—Quedaos aquí de guardia, y si véis aparecer el

tigre, rechazadlo a tiros— dijo el capitán a los marineros.

Y se lanzó resueltamente a la orilla, seguido de Wilson.

La chungla extendiase ante ellos, cerrada y tenebrosa. Quien no haya visto las tierras bajas del Ganges no puede hacerse una idea del esplendor de aquella vegetación.

Por todas partes hiérguense cañas de quince y hasta dieciocho metros de altura, gruesas como la pierna de un hombre unas, y otras más sutiles, y también las hay revestidas de espinas agudísimas, agitando al viento sus grandes copas blancas o rosadas. Su conjunto forma un verdadero caos, dentro del cual el hombre inexperto se extravía completamente.

Por encima de aquel mar de verdura se levantan algunos vegetales gigantescos, de hojas desmesuradas, dispuestas en abanico o en forma circular. Son palmeras de especies diversas: plataneros, taras y cocos. Bajo las gigantes cañas se arrastran numerosas serpientes: la terrible *cobra capello* o serpiente de anteojos, cuya mordedura no perdona; la *coral*, de un hermoso tinte rosado, sumamente venenosa; la pitón atigrada, de siete y hasta ocho metros de largo, y muy corpulenta, defendida por escamas durísimas y dotada de una fuerza prodigiosa.

Además de los reptiles, viven ocultos, bajo la oscura sombra de aquellas descomunales plantas, búfalos enormes, siempre irritados, tenebrosos, agresivos, dispuestos a atacar a quienquiera que se les oponga; rinocerontes gigantescos, de durísima piel, a prueba de balas, y no menos brutales que aquéllos, y tigres reales en gran número.

El capitán, conocedor ya de tales regiones, apenas se halló ante aquellas cañas desmesuradas, volvióse al oficial, diciéndole:

—No abandonéis el gatillo del fusil, pues aquí reina la muerte. En cualquier instante puede echárenos encima un tigre u otro animal tan temible como él.

—¿Y cómo acertaremos el camino en medio de estos bambúes? —preguntó el oficial, que no se encontraba muy a gusto entre aquel laberinto de plantas.

—Seguiremos la pista marcada por el tigre y por ella volveremos también —respondió el capitán—. Abrid los ojos y cuidado de no hacer fuego sino a golpe seguro.

(Continuará en el número próximo.)

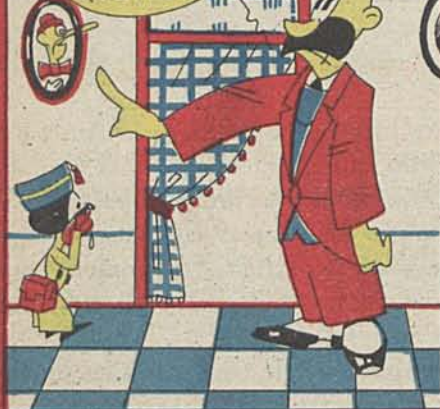




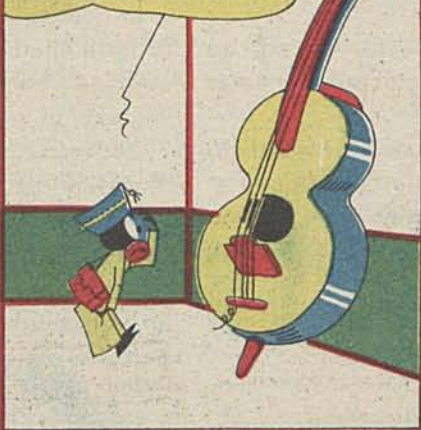
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



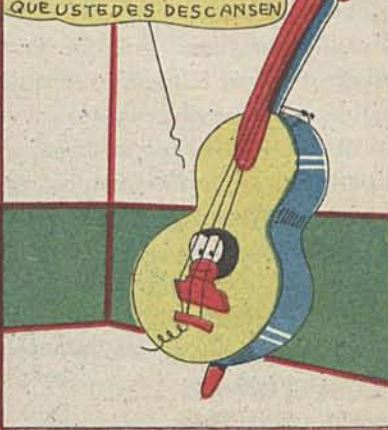
¡A LA ESCUELA INMEDIATAMENTE! VAS A EXAMINARTE DENTRO DE CUATRO DIAS Y SE BARRUNTA EN ESTA CASA UN OLORCILLO DE CALABAZA QUE ATUFA



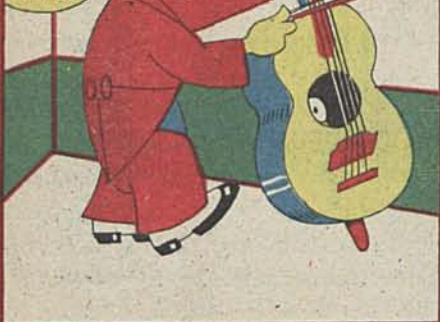
¡AH! ¡QUE IDEA! ME ESCONDO EN ESTE VIOLÓN Y DON TURU SE CREERÁ QUE ME HE IDO A LA ESCUELA



¡AJAJAJ! QUÉ BIEN ESTÁ ESTO PARA ECHAR UNA SIESTECITA ¡EA! ¡A DORMIR!... HASTA LUEGO, Y QUE USTEDES DESCANSEN



ESTAS CUATRO HORITAS QUE CURRINCHE VA A ESTAR EN LA ESCUELA ME LAS PASARÉ TOCANDO EL VIOLÓN... A MI LA MÚSICA ME DERRITE; NO LO PUEDO REMEDIAR



MI, MI, SOL, SI, SI, SI



MI, MI, SOL, NO, NO, NO

¡QUE RARO! ¡ESTE VIOLÓN ESTÁ HOY MAL DE LA CABEZA!... ME CAMBIA LAS NOTAS... LAS CANTARE OTRA VEZ A VER QUÉ PASA...



¡MUCHO CUIDADITO CON LLEVARME A MI LA CONTRARIA, SEÑOR VIOLÓN! ¡HE DICHO QUE SI, QUE SI, Y QUE SI!



Y YO HE DICHO QUE NO, QUE NO Y QUE NO

PUES A CABEZÓN TE GANO YO. SI, SI Y SI



SI, HOMBRE, SI; PARA QUÉ VAMOS A DISCUTIR. ES USTED MUCHO MÁS CABEZÓN QUE YO. ¡NO FALTABA MÁS!





DESDECHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



CUENTOS DE CALLEJA

ROBERTO Y CELIA

Castillo

UN pobre labrador tenía dos hijos; el varón se llamaba Roberto, y la niña Celia. Ambos eran muy buenos y cariñosos con sus padres; Roberto además era muy aplicado, tanto, que iba todos los días a la escuela, a pesar de que el pueblo distaba de la casita del muchacho más de una legua.

Una tarde en que Celia estaba en el bosque recogiendo leña, oyó un lamento, y, acercándose al sitio de donde partía, vió en un gruta muy escondida un corzo herido. Acercóse al animal, al que acarició con cariño, y le arrancó la flecha que tenía clavada en un brazuelo. Después volvió a su casa y allí tomó una venda y un frasquito de bálsamo, y se fué de nuevo a la gruta para curar al animalito. Mientras éste no pudo andar, ella le llevaba todos los días hierba fresca en abundancia, y el animalito, en la expresión de sus ojos, parecía dar gracias a su pequeña protectora.

Pronto supo Roberto el encuentro del corzo y acompañó a su hermana para verlo, y como si el animal comprendiera que eran hermanos, a los dos prodigaba sus caricias.

Quisieron llevárselo a casa; pero el corzo, que les seguía por todas partes, no quiso penetrar en la vivienda. Por la mañana muy temprano acompañaba a Roberto hasta cerca del pueblo, y todas las tardes esperaba a Celia en el bosque. Allí, ella se sentaba junto a un arroyo, y el corzo, en pie a su lado, parecía querer adivinar sus deseos.

La desgracia puso sus manos sobre los niños. Una tempestad hizo perderse la cosecha, y su padre murió de pena. La madrastra les dijo un día:

—No tengo qué daros de comer: conqué, largo de aquí y a buscáseles por el mundo.

Los niños se alejaron llorando, y, no sabiendo dónde ir, se refugiaron en el bosque. Silbó Roberto, y al punto acudió el corzo, acariciando a sus amigos. Como el hambre apretaba, Roberto se alejó en busca de frutos silvestres, encargando a Celia que no se moviera del sitio en que la dejaba. La pobre niña, llena de sobresalto, le esperaba, y pasó mucho tiempo sin que Roberto volviera. Oscureció, y a lo lejos se oyeron los aullidos de los lobos. La niña, aterrada, se abrazó al corzo, y éste la dijo:

—No tengas miedo, que yo te protegeré. Si sobreviene algún peligro, dame un tirón de la cola y ya verás lo que sucede.

Los aullidos sonaban cada vez más cerca, y Celia, llena de miedo, tiró al corzo de la colita, viendo con sorpresa que se convertía en un fiero león de encrespada melena, que en un dos por tres mató dos lobos y ahuyentó a los demás. Terminada esta hazaña, volvió el corzo a adquirir su forma primitiva.

A todo esto, Roberto no parecía, y Celia temió que le hubiera ocurrido algún accidente desagradable. Al ver sus lágrimas, la dijo el corzo, compadecido:

—Tírame de la colita, me convertiré en águila y buscaré a tu hermano.

Así lo hizo Celia, y el corzo, convertido en águila, remontó el vuelo para buscar a Roberto. Pasó un rato, y el águila volvió, convirtiéndose de nuevo en corzo.

—Desde la altura no se ve a tu hermano —le dijo—; conviértete en podenco para que siga su rastro.

Así se hizo, y el podenco salió corriendo tras las huellas del muchacho. Corrió como una flecha en todas direcciones, y por último se detuvo al pie de un árbol. Indudablemente allí estaba Roberto encaramado; pero ¿cómo subir

a avisarle? Volvióse rápidamente al sitio de donde partiera, y, recobrando la forma de corzo, le dijo a Celia:

—Tu hermano está subido a un árbol; conviértete en gato para ver de noche y poder subir al sitio donde se encuentra.

Hízolo así Celia, y el corzo, convertido en gato montés, subió al árbol y encontró a Roberto dormido entre dos ramas. Una feroz serpiente, arrollándose al tronco, comenzó a subir por él, ante la perspectiva de darse un banquete de carne humana; pero el gato despertó al niño metiéndole la cola en el oído, y, bajando luego a las ramas inferiores, propinó un soberbio arañazo a la serpiente en el instante en que ésta asomaba la cabeza.

Bajó Roberto de su escondite, y guiado por el gato llegó donde estaba su hermana, y allí pasaron la noche, alrededor de una buena fogata que encendieron, en compañía del corcito, que no quiso separarse de ellos.

El les acompañaba a todas partes buscando el ali-





mento, les enseñaba los sitios más escondidos del bosque, donde jamás la planta humana se posó, y allí vivieron tranquilos, protegidos por

Dios, que nunca olvida a los buenos.

Cuando escaseaban las provisiones, Celia tiraba al corzo de la colita y le convertía en zorro, y pronto volvía cargado de gallinas. Otras veces le transformaban en hurón y se dedicaba a cazar conejos, que traía para que comieran sus amigos. A él le bastaban unos bocaditos de fresca hierba, y ya estaba mantenido para todo el día.

En cierta ocasión, y estando el corzo ausente, oyeron los niños sonar muy cerca trompas de caza, y a poco penetró el corzo en la gruta que cobijaba a sus amigos, gritando:

—Escondedme, o soy perdido. Los perros me siguen muy de cerca.

Entonces, Roberto y Celia cogieron un gran piedra para tapar la entrada de la gruta, mas no pudieron lograrlo. Los ladridos se oían cada vez más próximos, cuando Celia, tirando al corzo de la colita, le dijo:

—Conviértete en león.

Aún no lo había terminado de decir cuando asomaron los perros y se lanzaron sobre su presa; pero en este instante el corzo inofensivo era un león terrible, de encrespada melena y fieras garras, que en un dos por tres despanzurró cuatro perros y ahuyentó a los demás, que salieron huyendo como rayos.

Los cazadores quisieron enterarse de la causa de la fuga de sus perros y espolearon a sus caballos; mas, en el instante de acercarse, se oyó un terrible rugido, y los corceles se encabitaron, y, rebeldes al freno y a la espuela, salieron escapados huyendo del león. Pasado el peligro, volvió Celia al corzo en su ser, y éste le dijo:

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho, ni el grave riesgo de que me has salvado. Pronto llegará ocasión en que lo sepas y en que yo pueda demostrarte mi reconocimiento.

Al día siguiente muy de mañana salió el corzo en busca de provisiones; pero aún no había pasado media hora, cuando se oyeron unas trompas de caza y vieron venir hacia ellos al pobre animal, perseguido muy de cerca por una jauría de feroces perros y una cabalgata

de cazadores. Dos segundos más tarde se refugió el corzo en los brazos de Celia, diciéndole precipitadamente:

—Conviérteme en hombre, y, si no, soy perdido.

Dióle Celia un tirón de la colita, y el animal se con-



virtió en un gallardo Príncipe armado de punta en blanco, que, haciendo frente a los furiosos perros, los hirió con su espada y los hizo retroceder. Llegaron los cazadores, y así como uno de estos vió al joven, dijo iracundo:

—¿No estabas convertido en corzo por mi voluntad?

—Sí; pero me ha libertado de tus malas artes la caridad de esta niña generosa, que una vez me libró de la muerte y ahora me da algo más que la vida.

Y, volviéndose hacia los asombrados niños, les dijo:

—Yo soy el Monarca de estas regiones, que fué encantado por este hombre sin entrañas, que de esta suerte se apoderó de mi corona; mas ya que el

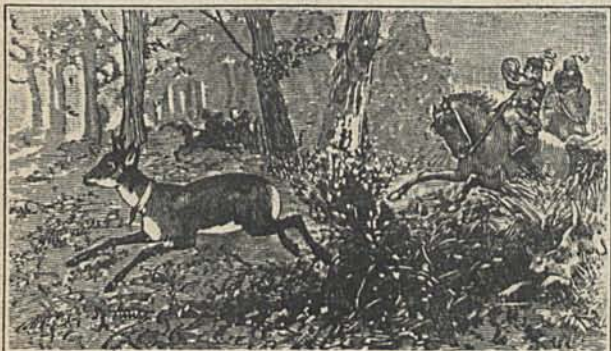
cielo ha querido que recobre mi forma verdadera, voy a castigar al culpable.

Los guardias que formaban el séquito del usurpador, al ver y oír a su verdadero señor, se apoderaron del culpable, le desarmaron y le pusieron unas esposas.

—Venid conmigo —dijo el Príncipe a Roberto y Celia—; seréis mis hermanos, viviréis en mi palacio, y a mi lado disfrutaréis de cuanto en el mundo se pueda ambicionar.

Los niños le siguieron, fueron aposentados en el palacio y, andando el tiempo, Celia llegó a ser Princesa por su belleza y sus virtudes, y Roberto, según cuentan viejas crónicas, fué primer ministro de aquella monarquía.

Nunca olvidaron los beneficios que Dios les dispensó, y, como recuerdo de aquellas aventuras, establecieron premios para el que mejor tratase a los animales, y ellos mismos siempre tuvieron un corzo que les seguía dócilmente por todas las habitaciones de palacio.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, curioso Chonón.
—Muy buenos días, querido buho. ¿No te has encontrado en la escalera a ese par de hienas que se llaman Tin y Ton?
—No los he visto. Pero ¿a qué han venido aquí?
—Los ha traído el Capitán Corretón atados con una cadena. Quería el Capitán que los dejásemos estar presentes en nuestras charlas. Dice el pobre hombre que la incultura de esos dos diablos es la causa de todas sus desventuras. Y quería probar a ver si oyendo nuestras charlas se ilustraban un poco.

—¿Y qué le has dicho tú?
—Yo no me he atrevido a dar una contestación definitiva hasta que no vinieses tú. Es una resolución muy grave que yo no podía tomar. Maldita la gracia que me haría que semejantes tormenta y ciclón se me metieran en casa. Un día serían capaces de traerse un baúl de dinamita e íbamos a salir por los aires. No me atrae la aviación en esas condiciones.

—Bueno, entonces ¿les has dicho que no?
No les he dicho nada. Se han ido y han quedado en volver cuando tú estuvieses. Venían la mar de peripuestos. El Capitán con un chaqué a cuadros, las barbas muy rizadas y un lunar postizo del tamaño de un garbanzo. Tin y Ton con chaquetillas nuevas y unas corbatas de lazo enormes. Como esas que llevan los tontos de circo.

—A toda costa hay que evitar que vengan. No nos conviene de ningún modo dejar acercarse a esas hienas. Vamos, pues, a comenzar nuestra charla para acabar pronto y marcharnos. Así, cuando vengan, no estaremos en casa. ¿De qué quieres que hablemos hoy?

—Pues de eso precisamente; de las hienas. Es el tema más apropiado para este día.

—Pues entonces hay que hablar de rapacidad, instinto feroz, crueldad, sed de sangre y astucia traidora. Eso reúne una hiena. Claro que estas «lindezas» las reúnen muchos animales carnívoros, pero en ninguno parece que se acusan tanto como en la hiena. A ello contribuye el repulsivo aspecto de este animal, sus horribles ojos, sus desagradables aullidos, el nauseabundo olor que despiden de su cuerpo. No tiene, en fin, la hiena, atractivo alguno. Al contrario, todo en ella es repulsivo.

—Yo creía que eran como perros grandes.
—Y en realidad son como perros deformados. El cuerpo es rechoncho, la cabeza robusta y el hocico grueso y repugnante. Las patas anteriores son curvadas y más largas que las de atrás lo cual hace que el lomo se les incline dándoles un aspecto feísimo. Los ojos son oblicuos, con un brillo siniestro y una mirada que desconcierta. La cola muy poblada y el pelo de la piel, largo, lacio y áspero.

—Ni más ni menos que un monstruo, ¿no es verdad?
—Tanto como un monstruo, no; pero desde luego es un animal muy feo, muy feo. La hiena hace su vida por la noche. Es muy raro verlas por el día, pues de no ser por la fuerza, no salen con luz de su escondrijo. Habitan en la mayor parte del Asia meridional; pero su verdadera patria es el África. En las selvas vírgenes del África central hay verdaderos rebaños de estos carnívoros.

—¿Te atreverías tú a pasar de noche por estas selvas?
—Yo, como cruzo por el aire, sí. Y ya he pasado más de una vez, querido Chononito. La noche en la selva produce una impresión muy difícil de describir. Se oye un concierto de aullidos y gritos característicos, que es preciso oírlo uno mismo para darse una perfecta idea. El león, el elefante, la pantera, el tigre, el lobo, la hiena, la lechuza y otra porción de animales selváticos campan por sus respetos en las sombras de la noche, y producen una confusión de ruidos discordantes que impresiona y estremece. Las hienas imitan voces humanas, carcajadas estrepitosas, aullidos desgarradores. El

que oye por vez primera estos raros sonidos ha de experimentar un sentimiento de horror. Yo mismo lo he experimentado.

—¿Y no has sentido deseo de huir?
—No, porque mis alas me ponen a salvo de todo peligro. Además, en lo que a las hienas se refiere, no hay que sentir tanto temor como a primera vista parece. Es animal cobarde con el hombre y rarísima vez le acomete. Con una piedra se pone en dispersión una manada de hienas. Atacan sólo a los animales indefensos, como las cabras, carneros y antílopes; pero aun esto lo hacen a traición, acercándose con sigilo a su presa, escuchando y husmeando a cada paso, para huir al menor intento de acometividad de la víctima elegida. Se han dado casos de que un asno valiente las ha puesto en fuga.

—De todas formas yo creo que teniendo hambre deben de ser temibles y no será prudente acercarse a ellas.

—Cuando el hambre las acosa llegan a entrar en manadas en poblados pequeños en busca de ganado menor, pero nunca hacen frente al hombre. En cambio, temen a los perros.

—Les gustará mucho la carne.

—Es su alimento preferido. La buscan por todas partes y su refinado olfato les permite descubrir los rastros de otros animales a los que buscan para ver si pueden devorarlos. Otras veces desenterran los cuerpos putrefactos de caballerías muertas que han sido enterradas y la carne en estas condiciones es su mejor manjar.

—Claro que un animal de semejantes instintos será imposible de domesticar.

—No lo creas; cuando se las caza muy jóvenes es fácil someterlas a cautividad y domesticarlas convirtiéndolas en perros caceros.

—¿Y es fácil cazarlas?

—Desde luego no es caza de las más difíciles. Los colonos que viven en regiones pobladas por estas fieras las persiguen mucho para evitar los enormes daños que causan en el ganado. Se pueden cazar con armas de fuego, o con trampas para cogerlas vivas. Este último procedimiento es verdaderamente curioso. El cazador se provee de una gruesa manta de lana y se dirige a las cuevas donde sabe se esconde la hiena; espera acurrucado y en silencio sobre la en-

trada de la guarida el momento en que el animal sale de su refugio. Esto ocurre en cuanto las primeras sombras de la noche oscurecen el paisaje, y, al salir el animal, se queda siempre unos momentos parado en el umbral de su cueva, en actitud expectante. Este es el momento en que el cazador le arroja la manta a la cabeza y se precipita rápidamente sobre el animal, procurando envolverlo en la manta, en cuya lana clava la fiera sus agudos dientes. Ya está segura la presa, y sólo resta trabajarle las patas y atarle fuertemente el hocico con una cuerda, a modo de bozal.

—Hace falta mucho valor y mucha serenidad.

—Es que sin estos dos factores no debe nadie dedicarse a la caza de fieras, porque se expone en vez de cazar, a ser cazado.

—Oye, querido buho, me parece que se oye ruido en la escalera.

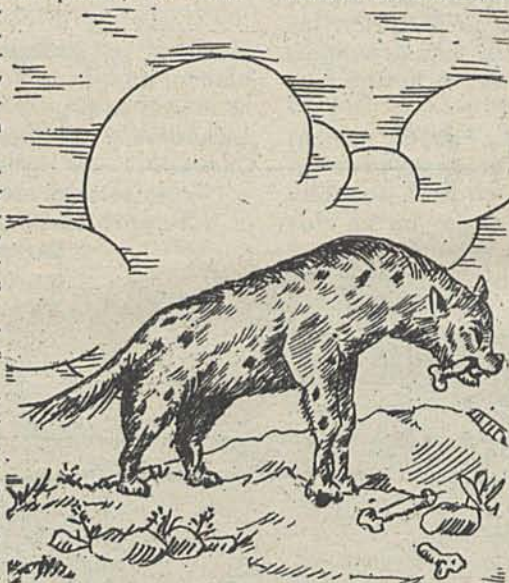
—Serán las hienas.

—No me asustes, que a pesar de haberme asegurado que la hiena es cobarde, no me haría gracia habérmelas con semejante carnívoro.

—No, hombre; me refiero a otras hienas. A ese Tin y a ese Ton, terror de fieras. A esa Tormenta y a ese Ciclón más terribles que todas las tempestades y todos los terremotos que se registran en la historia. Escucha y verás cómo se oye el ruido de cadenas.

—Sí; ellos son. Con esas cadenas los trae el Capitán Corretón atados. No hagas ruido para que no nos oigan. Cuando llamen no se contesta y así creerán que no hay nadie y se irán... Chist... silencio... Ya llaman...

—TILIN, TILIN, TILIN.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Un currinche.
M.ª JESÚS GARCÍA.



Tres peletas.
P. LÓPEZ.



Un león.
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



Un cañón.
BASILIO R. HERNÁNDEZ.



Mi amigo.
JOSÉ ALEMANY.



El castillo de Pinocho.
C. S.



Una locomotora.
C. Z.



Un auto.
ENRIQUE LÓPEZ



Un «córner».
JULIÁN RAMÍREZ.



Una muñeca.
P. DE BLAS



Cañamón.
LUIS AYORA.



Chico o chica.
M.ª S.



Chonón.
TOMÁS REIG.



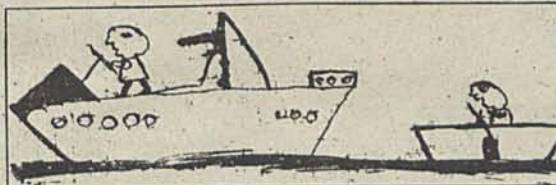
Mi auto de carrera.
PEDRO ORDUÑA.



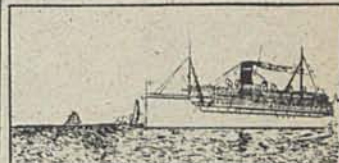
Don Turu.
RAMÓN PÉREZ.



Un trasatlántico.
JUAN CAÑELLAS.



Navegando.
JUANITO DE LA SERNA.



El «Cristóbal Colón» sale de La Habana.
CARLOS YRAZOQUI.

Los dos hermanos.

Había dos hermanos que se llamaban Rosa y Roberto. Rosa era buena y estudiosa, y Roberto, travieso y perezoso.

Un día, dijo Roberto a su hermana: «Vámonos al río y nos bañamos.» Y su hermana le dijo: «No; que padre nos riñe, y nos podemos ahogar.» Roberto no la hizo caso, y se fué. Cuando se estaba bañando perdió pie y se lo llevó la corriente.

Rosa, al ver que tardaba tanto, le dijo a un criado que fuese al río a por su hermano, que se estaba bañando.

El criado, cuando llegó al río y no vió a Roberto, empezó a buscarlo y lo encontró enredado en unas matas. Lo cogió y se lo llevó a su casa.

Cuando volvió en sí, le dijo Rosa: «Te ibas ahogando, por no hacer caso y ser desobediente.»

Desde aquel día Roberto fué bueno y estudioso.

Colorín, colorete;
muera Chapete.

AIDA VILLA LANDA.

El enano del bosque.

La escena del cuentecito que os voy a contar se desarrolla en un densísimo bosque de España, por los alrededores del Guadalquivir.

Este era un enano que vivía allí, en el bosque; le llamaban los demás enanos Esmeralda, debido a que todos los días de fiesta se ponía traje, zapatos, medias y un pequeño gorro guarnecidos de esmeraldas; el último estaba rematado por tres esmeraldas y un cascabel.

Cierta vez que pasó el príncipe, se le antojó bajarse, y al ver el enano no pudo menos que sentir deseos de tenerle en sus manos; así es que ordenó a uno de sus sirvientes lo cogiese. Al siguiente día la princesa lo vió y quiso casarse con él. Al hacerlo, éste se transformó en un apuesto doncel.

Se casaron; y el príncipe (el enano Esmeralda) se le llevó a vivir a su reino, allí donde los mares.



La casita de Pinocho.
VENTURA ALVAREZ.



El huho.
M.ª G. RODRIGO.



Casa de gallinas.
FRANCISCO REGUEKA.



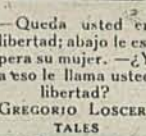
Toro bravo.
TEODORO GONZÁLEZ.



Mi gatito.
F. GARCÍA



El barco del holandés.
LUIS SOLÍS.



Un pollo.
JOAQUÍN TENAS.



—Oye, ¿qué son tantos postes?—Nada; son los de los kilómetros.
JUANITO MORENO.

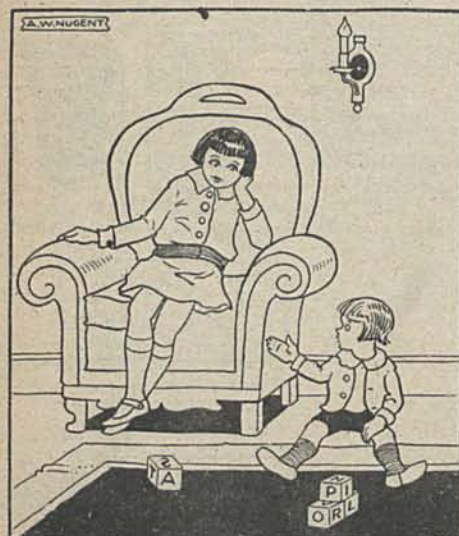
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EN EL POLO NORTE



DIBUJO CON ERRORES



Cinco errores hay en este dibujo. Uno de ellos, por ejemplo, es que el segundo botón del niño que está en la butaca es muy grande.

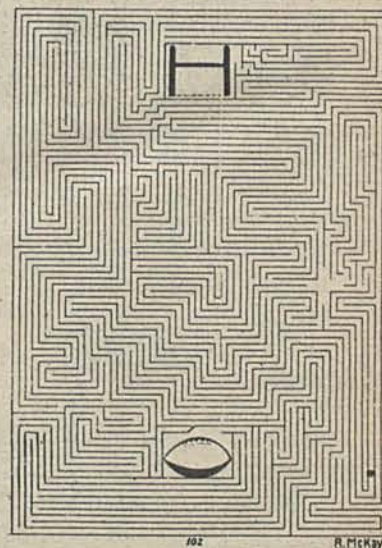
También en el Polo Norte hay carnavales, sólo que allí esta fiesta la celebran los animales y la contemplan los hombres. Buscad y encontraréis a cuatro esquimales contemplando cómo se divierten esos osos y esa foca.



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 175
DE JUNIO

Envío del Pinochista D.....

LABERINTO



La solución de este laberinto consiste en meter el balón en la portería. Claro que no en línea recta, de una patada, sino dando unas cuantas vueltas.

ANITA

BUEN- CORAZON



¡QUE ALEGRÍA HE TENIDO AL VOLVER A HALLARTE PELUCHO, PUES TE CREÍA PERDIDO PARA SIEMPRE!



AHORA LO QUE FALTA ES QUE NO NOS SEparemos MÁS EN LA VIDA, Y QUE YO ENCUENTRE COLOCACIÓN PARA QUE NO ANDEMOS POR LAS CALLES COMO LOS MENDIGOS.



¡HOLA! ¿SE NECESITA UN CHICO? ¿PARA QUÉ SERÁ?



¡YO NO SOY UN CHICO, PERO LO PAREZCO! ¡VAMOS A PROBAR!



¿ES AQUÍ DONDE SE NECESITA UN CHICO?



SI LLEVAS ESTE PAQUETITO A LA CARRETERA DE ARAGON NUMERO DOSCIENTOS NOVENTA Y SIETE, TE DARE UNA PESETA



¡ESTO PESA COMO UNA PIEDRA, PERO YA LLEGAMOS DESPUES DE PREGUNTAR A TODO EL MUNDO Y HABER NOS PERDIDO DOS VECES!



¡AHORA VOLVAMOS A QUE ESE SEÑOR ME PAGUE LA PESETA!

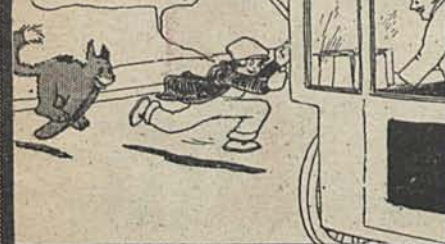


¡TOMA! AQUÍ TIENES LO QUE TE PROMETÍ!

¡MUCHAS GRACIAS!



¡CARAMBA; UNA COCINA AMBULANTE, VAMOS A COMER, PELUCHO!



¡MUCHACHO; PARECE QUE QUIERES MUCHO AL PERRO! ¿ES TUYO?

¡ES MI MEJOR AMIGO! ¡PREFERIRÍA YO QUEDARME SIN COMER PARA QUE EL COMIERA!



¡QUE SATISFACCIÓN ES SABER QUE SIRVE UNO PARA GANAR SU ALIMENTO!



SECCIÓN PIRULA

PIRULA Y LOS LIBROS



Para guardar los libros...—Vuestra biblioteca está repleta de libros, y son como amigos que se tienen siempre a la disposición y con los cuales gusta charlar de vez en cuando.

Pero no a todos los queréis lo mismo; es más, hay algunos —no quiero citar nombres, pero nos comprendemos, ¿verdad?— que os son francamente antipáticos; los leisteis sin gusto; los acabasteis de leer porque os parecía incorrecto, poco amable, despiadado, dejar la lectura a medias; hubiera sido algo así como decirle a una visita: «Su conversación no me interesa; márchese usted». Eso no se hace cuando se es una Pirulinda, o sea cuando se tiene educación.

Pero una vez terminados, no habéis vuelto a abrir ya nunca esos libros aburridos ninguna tarde lluviosa y case- ra ni se os ocurriría buscar entre sus páginas una distrac- ción.

En cambio tenéis otros libros a los que adoráis; los leis- teis la primera vez con deleite, sintiendo que se terminaran tan pronto; y los habéis vuelto a leer varias veces, y les guar- dáis cariño y agradeci- miento por los buenos momentos que les de- béis; en una palabra, son «vuestros libros inti- mos».

¿Cómo van a estar mezclados en la misma biblioteca estos libros deliciosos y queridos con aquellos desdeñados y antipáticos? No puede ser; necesitáis tenerlos siempre más a mano que los otros y demostrar bien claramente vuestra cariñosa preferencia por ellos.

Para ellos fabricaréis originales bibliotequitas parecidas a las que veis en esta página; os será una excelente ocasión de utilizar la caja de carpintería de vuestro hermano.

Cada modelo se compone de una tablita que une dos ob- jetos, a menudo desiguales; el conjunto —pintado por vos- otras en colores adecuados— puede, por ejemplo, formar un paisaje; a un lado, una casita, al otro, un grupo de ál- mos, que no es sino una tabla recortada y pintada de verde.

Otro modelo figura un cesto de flores; otro, dos dados. Este último, como es el más sencillo de confeccionar, será el que sirva de prueba para vuestra ciencia de ebanistería.

Y ya estoy viendo entre flores, entre dados o en un paí- saje risueño la serie completa de las «Aventuras de Pino- cho y Chapete» o los años, cuidadosamente encuadernados, de nuestra revista. ¿Me equivoco mucho al suponer que es- tos figuran entre vuestros «libros íntimos»?

...Y para marcarlos.—Pepita está enfrascada en una lec- tura palpitante: la del «Viaje alrededor del mundo en ochenta días»...

Se comprende que le interese a Pepita esta famosa obra de Julio Verne; pero también le hace gracia el que se dedi- que un tomo a describir, cual hazaña sorprendente, la vuel- ta al mundo en ochenta días, mientras que hoy puede ha- cerse en... Bueno, a punto fijo no sé lo que tardaría un Franco, un Lind- berg, una Ruth Elder o cualquier aviador famoso para dar la vuelta a la Tierra; pero calculo que no llegaría a una se- mana.

¡Qué suerte tiene Pepita, que suerte tenéis to- das las Pirulindas de vivir en época en que hay aero-



planos y «taxis», «radio» y «cine»! ¡Y con qué sonrisa consideramos hoy los apuros del buen señor «Fi- leas Fogg» para hacer en cerca de tres meses lo que hoy podría ha- cerse en la décima parte de tiempo!

Con todo y con eso, son siempre interesantes las aventuras del hé- roe de Julio Verne y se comprende que a Pepita le hiciese poca gracia ser llamada por su mamá, precisa- mente cuando las estaba leyendo, para salir a paseo.

Sin embargo, Pepita obedece al punto; precipitadamente va a dejar el libro; pero piensa que a la vuel- ta será muy molesto tener que bus- car la página para proseguir su

lectura; con el pensamiento y con la mirada busca algo con que marcarla, y no encontrando nada a mano, para no per- der el tiempo, se decide a hacer una cosa muy fea y muy mala: dobla una esquina de la hoja y cierra el libro.

Hay un sistema muy sencillo para poder siempre mar- car la página de los libros, sin necesidad de estropear el papel ni de perder tiempo en buscar algo oportuno para el caso. Consiste en tener una pequeña colección de marcalibros y colocar uno siempre en el libro que se está leyendo.

Esta es una manera como otra cualquiera de aprovechar toda suerte de trocitos de paño, de terciopelo, de cuero o de ante, de cintas, cordones, hebras de lana y de seda, cuentas de porcelana o de madera, etc., etc.

Y es también una manera excelente de divertirse un rato confeccionando estos marcalibros de todas clases, de todas las formas y de todas las materias.

